LA CARIDAD DE MALVINA

I

Fama tenía en Madrid por suntuoso, coquetón y aristocrático el hotelito de la Casa-Núlez, en la Castellana. Desde la blasonada verja que cerraba el lindo jardinito, sobre el cual se abría el marmóreo pórtico, vestido de espesa enredadera, hasta el *office* y las caballerizas, todo era allí gracioso, original, selecto.

El comedor de roble, decorado con *panneaux* pompeyanos; el *boudoir* Luis XVI; el saloncito *Watteau,* forrado de tapices tejidos exprofeso en los Gobelinos; la alcoba Imperio, el gabinete-escritorio de palo rosa, la *serre,* la capilla, cada mueble, cada menudo objeto de lujo, llevaba impreso el sello del linaje, riqueza y buen gusto de su dueña, que brilló en las postrimerías fastuosas del reinado de Isabel II y viajó después por toda Europa.

Es verdad que Malvina Dávila, condesa viuda de Casa-Núlez, era una mujer completa. Guapa, noble distinguidísima, religiosa—pertenecía á todas las asociaciones de piedad elegante,—y hasta aquel su aristocrático *faible,*

por el exotismo, su desdeñosa indiferencia hacia los demás, la gentil volubilidad y flotante chifladura que la envolvían como aura fragante, preservándola del odioso contagio con la vulgaridad, todo aumentaba el prestigioso esplendor que la rodeaba, aislándola en sus alturas de diosa.

Cierta marquesa beata que, por haber sido grande amiga de su madre, trataba familiarmente á Malvina, atrevióse á decirle que todas aquellas sus arrogancias mundanas no eran sino vanidad y egoísmo, sequedad de alma y agresivo menosprecio del prójimo, de todo en todo opuestos á la mansedumbre, llaneza y caridad cristianas. Pero ha de advertirse que la buena marquesa estaba pobrísima, jamás fue guapa y cumplió ya los setenta, en cuyas condiciones ¡es tan fácil ser virtuosa y sermonear contra aquello que se envidió toda la vida!

En cambio, la caridad de Malvina pronto halló motivo de manifestarse de modo tan extraordinario, que dió ocasión á los plácemes de toda la buena sociedad y á un derroche de lirismo patético de los revisteros elegantes.

II

Fue el caso que á Francisco y Petra, los porteros del hotel, les nació una niña, y la ilustre condesa, dando un mentís á los que murmuraban de su orgullo, apadrinó en la pila á la criatura, habiéndola enviado previamente una *layette* de princesa.

Y no paró aquí la misericordia de la noble

dama, sino que como la chiquilla era bonita como unas flores y estaba monísima entre la niebla de encajes en que la envolvió su madrina, ésta, que antes se aburría mortalmente, solazábase después de tal modo con el arrapiezo, y fuese encariñando con él, de suerte que pronto no hubo medio de sacarle de sus habitaciones.

Allí, en su *boudoir*, y en la cestita de mimbres cubierta de raso y ricas blondas, tenía la señora como en tibio nido de caricias á su muñequita de carne.

Y en verdad que la nena parecía hecha de encargo para vivir entre mimos y fastuosidades. Era blanca, rubia, delicadísima y tenía los ojitos azules como zafiros animados.

Ya crecidita, cuando atravesaba ese encantador período que llaman *edad de las gracias*, recién bañada, fresca, redonda, resplandeciente de vida y de blancura como un chiquillo de Rubens, solía tumbarse la niña desnudita sobre una hermosa piel de pantera que tenía Malvina en su *boudoir,* y allí jugaba á sus anchas, rodando y revolcándose sobre la espesa pelambre de colores, y agitando en el aire las mórbidas piernecitas, para darse el más codiciado de los gustos infantiles, el de cogerse alternativamente con ambas manos uno ú otro piececillo, en que los deditos sonrosados parecían tiernos botones de hortensia.

Un día en que Malvina, según costumbre, yacía tirada sobre la piel, jugando abandonadamente con su *Francillón*—así la llamaba—como con un juguetillo vivo, entró cierto artista, frecuentador del *boudoir* de la dama, y

sorprendiendo la clásica escena, declamó enfáticamente: —¡Adorable grupo, Vénus y el Amor! -Y cierto que lo parecían.

Algún tiempo después, como para contrastar con la bella frase del artista, peroró la gruñona de la marquesa:

—Malvina, tu cariño hacia esa criatura es completamente físico y pagano. La quieres porque es bonita, y deleitándote voluptuosamente con su belleza, la esclavizas á tu recreo y la educas como si no tuviese alma, ni padres, ni misión futura en el mundo. ¿Piensas prohijarla? ¿No? Pues devuélvela á su familia. ¿No ves que es una pobre flor destinada á la intemperie, y la estás criando en estufa? ¿Piensas restituirla á su pobreza cuando esté ya inficionada de vanidades irrealizables? Eso, hija mía, consiente que te lo diga, en vez de caridad, es un crimen.

Pero lo que dijo Malvina: la marquesa, solterona involuntaria, tiene rabia á los niños.

—Claro es que la monina, *como tonta*—confesaba la condesa,—prefiere el hotel á la portería, y suele apartarse con despego, y hasta con cierto asco y bochorno saladísimos, de sus padres, sobre todo cuando los ve de trapillo fregando el *perrón* ó los bronces de la puerta; pero esto... *¡le moyen de l'eviter!*—exclamaba concluyentemente.

III

Lo peor fue que el pícaro tiempo, que todo lo transforma, llevóse entre sus garras de viejo avariento los hechizos, monadas y gorjeos infantiles de *Francillón,* y si bien le trajo, en cambio, otras gracias y atractivos harto seductores, no eran éstos los más propios para agradar y entretener á Malvina.

Y no porque su belleza, aunque al declinar, temiese el cotejo con aquel amanecer triunfante, sino porque el lindo *bebé* habíase convertido en una chicaza tremenda que... la verdad, estaba ya *deplacée* en aquella casa.

Porque, ¿podía la condesa presentar en *su mundo* á la chica de los porteros? Y las noches de Real, los días de comidas, visitas ó *five o'clock,* ¿había de dejarla sola, entre los demás criados, que la envidiaban ferozmente?

En cuanto á los padres, triste es decirlo, pero la verdad era que la muchacha, educada en otro medio, no los quería ni respetaba, y lo que era peor, avergonzábase de ellos.

—Y en realidad—observaba la condesa—¡es tan duro descender de un golpe del *boudoir* á la portería!

Era preciso arbitrar un medio para salir de aquella situación anómala, insostenible, que no producía sino perturbaciones, rabietas de la chica, protestas de los padres, disgustos y escenas desagradables, que alteraban la paz augusta del hotel.

Y al cabo, después de meditarlo seriamente, dió Malvina con la única solución del conflicto: casar á la muchacha.

—Así como así...—discurría la dama—*Francillón,* ahora que me fijo, está hermosísima—demasiado hermosa, porque su vigilancia constituye para mí un cuidado enojoso,—y siendo ella tan guapa, y teniéndome por madrina... no

será difícil hallarle novio. ¡Un último desembolso... *et voilà tout!*... ¡Ah, pero ya tengo á mi hombre, *Tony*, el cocherote de la duquesa de Zeda! ¿Cómo no se me ocurrió antes? ¡Es un chicarrón magnífico, fuerte y hermoso como un gladiador! La librea *le va á maravilla*, y fuera del pescante viste muy á lo *sportsman* é imita á su señorito... ¡nada, que no desagradará á *M'anzelle Francillón!* Y... sobre todo como será lo mejor que pueda sucederle... ya se conformará.

Du reste... la duquesa es muy amiga mía, mima á *Tony*, por lo mucho que conviene un buen cochero; *Tony,* que se halla muy bien en su *canongía,* no querrá desagradar á su ama... y menos en cosa que tan bien ha de estarle á él, ¡qué más quisiera! Todo irá como una seda.

IV

Y en efecto, todo fue como la condesa preveía. *Francillón*, que se hallaba fuera de su centro en el hotel, donde no se le concedía puesto en los salones, ni ella quería tomarlo en la cocina, y más fuera de su centro aún hallábase en la portería, no resignándose á vivir en la estrechez y grosero trato de sus padres, y menos allí mismo, á las puertas de aquella casa, en que había campado como dueña y señora, accedió fácilmente á los halagüeños proyectos que le trazó Malvina, no sólo porque no le desagradaba del todo el guapísimo *Tony,* sino porque en realidad era lo mejor que podía sucederle.

Y en cuanto al mozo, si le pareció de perlas la chica, no le agradó menos el *item* de ajuar, equipo y arras con que se la ofreció su madrina.

Quiso la dama completar la obra de misericordia, y echó el resto á sus larguezas y buen gusto en telas, hechuras, y sobre todo en los encajes del *trousseau* de la novia del cochero, encajes y *trousseau* dignos de una duquesa, que fueron durante varios días encanto de las damas en los elegantes salones de la Castellana.

V

Recibidas las bendiciones en el oratorio de la condesa, y largamente agasajados por la dama, fuéronse *Tony* y *Francillón* al cuartito que en la calle de Embajadores les tenían arreglado, y donde habían de vivir con los padres del cochero.

¡Qué horrible descenso, desde un hotel aristocrático á un tabuco de los barrios bajos! ¡Y qué extraño y abigarrado contraste el que ofrecían el tocador *Pompadour,* la cama de bronce y los demás costosos muebles regalo de la condesa, y sobre todo las vaporosas *matinées,* las frescas galas y los riquísimos encajes de la novia, con aquel infame papel de horchatería y aquellas puertas de cuarterones apolilladas y roñosas!

¿Pues y las gentes del barrio? ¿Y los vecinos de la casa, y los padres del cochero? ¿Y el cochero mismo, visto de cerca, en la intimidad,

en la plenitud de su nativa ordinariez y grosería?

Y *Francillón,* que asida á las faldas de su madrina, habíase empapado de niña en todas las delicadas exigencias, nimios cuidados y pulcros melindres de la vida aristocrática; *Francillón,* destetada con bombones de la Mahonesa, criada al calor de las estufas, entre besos y perfumes; aleccionada en el francés y en la música; nutrida con todos los romancescos delirios bebidos en las novelas encantadoras que guardaba Malvina en su biblioteca de palo de rosa; la ahijadita mimada de la condesa, la de los gustos exquisitos, las manos alabastrinas y el cutis de seda, ¿había de ocuparse en las rudas faenas de la casa y había de avenirse con aquella intratable gentuza? ¡Antes la muerte!

Y la señora Antonia, la zafia alcarreña madre del cochero, harta de trabajar toda la vida, y de lavar las pecheras y los *plastrones,* y de repasar los *futraques* y requilorios del señorito, ¿había de aguantar los dengues y holgazanería de "la cursi" de su nuera? ¡Primero mora!

No hubo conciliación posible. Y sucedió lo que había de suceder: *Francillón,* que á fuer de niña mimada, nunca tuvo más religión que su capricho, ni otro amor que el de sí misma, no renunciaba á ningún precio á sus hábitos y pruritos señoriles; y comenzando por despreciar, acabó por aborrecer de muerte al ganso de su marido. Y mientras éste se pasaba la vida amarrado como un perro al pescante del coche ducal, lanzóse ella á lucir su persona y galas por todo Madrid. Como era de esperar, le so-

braron adoradores, de entre los cuales prefirió á cierto calavera célebre en el *Veloz.* Y... de la noche á la mañana, huyó con él no se sabe á dónde.

Aquella fuga fue el principio de su vergonzosa odisea.

.. ..

Una tarde en que Malvina recibía á sus íntimos, saltó de improviso la Nava-de-Suso: —¿Sabes que he visto á tu *Francillón* hecha una tarasca por esas calles?

—¡Ah, hija, es un horror!—exclamó la condesa, y generalizando su lamentación:—Ustedes, que vieron cómo se crió aquí esa desdichada y el *trousseau* de princesa que le hice, díganme si ante semejante *succès* me quedarán ganas de hacer caridades.

LA CAPILLA DE LOS DOLORES

I

En la iglesia lugareña de un convento de monjas, allá en Andalucía, y en la vetusta capilla donde tenían su enterramiento los Quiñones de Mendoza, venerábase una patética imagen de la Virgen de los Dolores, que era el amparo y el amor de todo aquel lugar. Pero entre los muchos devotos de la celestial Señora, ninguno tan fervoroso ni tan asiduo como una insignificante viejecilla pobre, sola, abandonada y enferma, que todo lo había perdido menos su fe inquebrantable y su dulce confianza en otra mejor vida.

Allí, al pie del altar de la Virgen, postrada sobre la dura y fría losa que cerraba el panteón de los Quiñones, pasábase la cuitada horas y horas sin contarlas ni medirlas, llorando ante la Dolorida Madre la muerte de su hijo único que la había dejado inconsolable y desvalida en su vejez.

Y en fuerza de verla siempre inmóvil y pálida, de rodillas sobre la marmórea losa, acos-

tumbráronse las gentes á considerarla como aditamento vivo de la sepulcral y lóbrega capilla de los Dolores.

II

Uno de los primeros días de Diciembre de 1850 murió D. Lázaro Quiñones de Mendoza, último vástago de aquellos poderosos señores, que lo habían sido por luengos siglos del lugar y de sus aledaños.

Y á la mañana siguiente, celebradas en la iglesia las solemnes honras, cantados los responsos, á que respondían desde el coro las monjas, cuyas voces guturales y dolientes parecían llorar la pérdida del postrero de sus patronos; retirada la concurrencia, apagados cirios y lámparas. y tan pronto como colocaron sobre la negra abertura de la huesa la blanca piedra blasonada, automáticamente y como á impulsos de atracción irresistible, acudió la viejecilla á postrarse sobre ella. Y allí, acurrucada encima del sepulcro recién cerrado, como quien dice en el dintel mismo de la muerte, al borde de la eternidad, tornó la dolorida á su oración y á su llanto perdurables.

Pero con estar aquel día la iglesia más muda y solitaria que nunca, diríase que aquel mismo silencio sepulcral hablaba con mayor elocuencia á la anciana que los cuotidianos rumores de la vida, diríase que un tumulto de ideas, inquietudes y visiones conturbadoras, alzándose medroso de las calladas tinieblas, cercaba en ronda macabra á la mísera devota, según estaba

ésta de inquieta, nerviosa y azorada. Sobrecogida al ver que no podía rezar oración completa y que dondequiera veía resplandores fosfóricos, calaveras reidoras, espectros y vestiglos espantables, se santiguaba presurosa y repetidamente murmurando con creciente afán: ¡Líbrame, Señor, de la tentación y las asechanzas del infierno! —Pero... ¡nada!: la ronda de esqueletos, fantasmas y dragones de bocas flamígeras y pupilas fosforecentes crecía por momentos, y la mísera vejezuela no hallaba medio de evadirse del círculo espantoso.

—¡Santo Dios, Santo fuerte,
Santo inmortal,
Líbrame, Señor, de todo mal!

Suplicó la atribulada; y no bien proferida la oración, los fantasmas se disiparon y la capilla volvió á quedar en sombra y en silencio.

Pero de improviso, en lo hondo del sepulcro, sonó claro y distinto un rumor lento é insistente, rumor medroso como de dientes que royeran hambrientos ó de uñas que arañasen ansiosas. La vieja sintió de la raíz de los cabellos brotarle sudor helado como el de la agonía.—¡Misericordia, Señor! — gimió acongojada, y como siguiese oyendo claro y persistente el rumor subterráneo:—¿Habré yo perdido la razón? —preguntóse aterrada. Mas tratando de serenarse, pensó: "las ratas sin duda..."; y vió en su imaginación la negra horda de los repugnantes animales clavando uñas y dientes en el paño negro y en las doradas franjas del ataúd del señor de Quiñones... Y puesta á fantasear, pronto vió cómo los terribles minadores roían

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

la madera, y abriendo en ella ancha brecha, cebábanse cruelmente en el lívido cuerpo de don Lázaro. ¡Pero qué pavorosas realidades adivina ó erige la imaginación exaltada! ¡y cuántos horrores y dantescas visiones sugiere aun á los séres más sencillos y prosaicos la proximidad de la muerte!

La pobre viejecilla creyó sentir algo como un rudo y sofocado forcejear en el fondo mismo de la huesa de los Quiñones; oyó luego distintamente un estallido de tablas y de herrajes, como el que produce al ser forzada la tapa de una arca; sintió crujido de astillas y desgarraduras de paños... quiso levantarse, pero ¡imposible! El espanto la entumecía, la anestesiaba, clavándola en la fría losa como si fuera la estatua orante de aquella vieja tumba.

Sus arterias latían con desatada celeridad; sus ojos, desencajados de terror, parecían prontos á saltar de sus orbitas; quería huir, y sus rodillas continuaban clavadas en el mármol; intentaba gritar, y su garganta no arrojaba sino singultos de congoja. Y allá abajo, en lo hondo del panteón, el ruido crecía y, lo que era peor, se acercaba. Sentíase claramente que algo pesado y duro se arrastraba y subía, subía por las escaleras de la bóveda.

La pobre vieja hizo un esfuerzo supremo, logró levantarse, y agarrándose á las rejas de la capilla, á los bancos y á los altares, logró llegar casi exánime á la sacristía.

—¡Señor... Antonio!—articuló débilmente,—en... el panteón de los Quiñones...—el terror y la extenuación cortaron sus palabras.

—¡Maldita estantigua—gritó brutalmente el

sacristán,—¡si querrá hacernos creer que los muertos andan de juerga!

Los monaguillos, el enterrador y dos mozos que habían ido á descolgar los paños negros que cubrían la iglesia, acogieron el chiste sacristanil con una carcajada salvaje.

—Señor... Anto... nio y la compaña, por el alma de mi hijo les juro... que en el panteón de los Quiñones!...

—¡Acabe de reventar!—rugió bárbaramente el enterrador.

—Se oye, se oye...—balbució la anciana.

—¿Pero qué se oye, vieja de los demonios, qué es lo que se oye? gritó el sacristán colérico y amenazador.

—¡Se oye... ruido... mucho ruido!—gimió aterrorizada la pobre vieja.

—¡Bruja del infierno, carlistona, fanática, lechuza, largo, que aquí no creemos en cuentos de viejas!—vociferó el sacristán.

—¡Largo, largo, si no quié que la echemos á patás á la joya é D. Lázaro!—aulló el enterrador.

—¡Fuera, fuera la bruja!—chillaron los muchachos.

Y la sin ventura salió arrastrándose de la sacristía. Inconsciente y como sonámbula atravesó la iglesia, y llevada por invencible atracción, volvió á la capilla y á su sitio de siempre.

A tiempo que doblaba las rodillas sobre la lápida, un cuerpo duro chocó violentamente con el mármol por dentro de la bóveda. Terror de muerte paralizó á la extenuada vieja, que en vano intentó levantarse, gritar... Otra vez el golpe seco, duro, resonante hirió desde adentro

la losa que retembló trágicamente... La devota cayó de espaldas y su cráneo rebotó contra la piedra.

III

A la mañana siguiente, cuando el sacristán abrió la iglesia, halló sobre la tumba de los Quiñones el cadáver de la anciana.

Por muy rudo y desalmado que aquel hombre fuese, á la vista de la pobre muerta no pudo menos de conmoverse hondamente. Inmóvil y mudo delante de aquellos tristes restos, poco á poco empezó á sentirse poseído por dudas perturbadoras que se convertían en crueles remordimientos. ¿Sería él culpable de la muerte de la pobre vieja? ¿Habría muerto sólo de imaginarios temores ó tendría razón la cuitada?... Y el Sr. Antonio, que había hecho para con la ferviente devota el papel del grosero vulgo mofador de todos los exaltados, místicos ó idealistas, pasó, como suelen los negadores, de la incredulidad provocativa á la superstición visionaria.

Sobresaltado y descompuesto fuése en busca del enterrador, comunicóle sus temores, y ayudado por él y por los dos mozos de la víspera, antes de que viniera el señor cura logró levantar la lápida del viejo entierro de los Quiñones.

Sentado en la escalerilla de la bóveda, con las manos crispadas entre las cuerdas con que las tenía atadas, cubierta de coagulada sangre la pechera de la camisa y desmesuradamente abiertos los ojos vidriosos, hallábase el cadáver de D. Lázaro con el cráneo destrozado al chocar desesperadamente contra la losa de su tumba.

El sacristán, sobre cuya conciencia pesaban las muertes de D. Lázaro y de la anciana, se volvió loco de terror. El semblante de la muerta devota reflejaba en su luminosa palidez y en su expresión seráfica la beatitud de los elegidos. Las gentes del pueblo tuvieron por endemoniado al incrédulo sacristán y por santa á la piadosa viejecilla. ¡Acierta el pueblo tantas veces!